

CÍRCULO CERRADO

No hemos vuelto a hablar sobre ello. Guardamos desde entonces, mis padres y yo, un silencio que no sé si es cómplice o temeroso, sobre esa última conversación que mi abuelo tuvo con mi hermano. Mi abuelo, enfermo terminal de cáncer, estaba a punto de fallecer. Mi hermano había muerto semanas antes en un accidente desgraciado. Y sin embargo, mi abuelo y mi hermano hablaron. Mis padres y yo fuimos testigos o quizás fuimos cómplices de ello.

Todos, cada uno a nuestra manera, asumimos nuestra responsabilidad frente a la muerte de mi hermano. Mi padre, porque, absorbido por su trabajo, nunca estuvo presente en nuestras vidas para ejercer de padre verdadero. Yo, con dieciséis años cumplidos, quizás había superado ya ese trauma. No así mi hermano David, que con solo diez años, se sentía tan huérfano que tuvo que agarrarse como un naufrago a la tabla salvadora que le lanzó mi abuelo. Mi madre, porque la tarde del accidente decidió que ya era hora de recuperar la tertulia con sus amigas, a las que según nos advirtió tenía abandonadas desde hacía meses debido a la cruel enfermedad de mi abuelo. Yo, porque me desentendí de David y me marché de casa dando un portazo mientras gritaba que mi hermano ya era capaz de ir solo al entrenamiento.

Todos fuimos cómplices. Todos, menos mi abuelo, que desde que agonizaba en una cama de hospital no podía acompañarlo a los entrenos como siempre había hecho. Ninguno de nosotros fue testigo del accidente. Nos lo contaron. Mi hermano jugueteaba con el balón de fútbol, se le escapó de las manos escabulléndose hacia la calzada entre dos coches aparcados. Se agachó para recogerlo. El conductor no vio esa cabeza inclinada a la altura del guardabarros que irrumpió ante él de súbito. El choque fue certero y violento, preciso, casi quirúrgico: David murió en el acto. Sobre la calzada no cayó ni una sola gota de sangre.

Sin necesidad de hablarlo, mis padres y yo decidimos no contarle nada a mi abuelo. Inventamos una y mil excusas para justificar la ausencia de mi hermano en nuestras visitas al hospital: que si estaba enfermo, que si tenía entrenamiento, que si tenía un examen al día siguiente...

El equipo de fútbol de mi hermano superó una tras otra todas las eliminatorias del campeonato provincial de su categoría y se plantó en la final. Mis padres y yo

fuimos a ver el partido. Eso es lo que mi hermano hubiese querido. Ganaron. Antes y después, y durante todos y cada uno de los partidos disputados, sus compañeros le dedicaron las victorias a él, señalando el cielo con sus índices cuando marcaban un tanto. Entregaron un trofeo al capitán del equipo y medallas para cada integrante del mismo. Mi hermano David también tuvo la suya y fui yo quien la recogí en su nombre y me la colgué al cuello. Y de mi cuello colgó día y noche hasta poco después cuando yo mismo se la colgué a mi abuelo en el suyo. Eso es lo que mi hermano hubiese querido. Mi abuelo supo transmitirle su pasión por el fútbol y lo acompañó día tras día a los entrenamientos hasta que la enfermedad le impidió seguir haciéndolo. Justifiqué ante mi abuelo la ausencia de su nieto diciéndole que se lesionó durante la final, lo que no impidió que lo eligiesen como el mejor jugador del partido, que tenía los ligamentos rotos y una pierna escayolada y que por eso no había venido.

Llegada su hora, y en un estertor de su agonía, mi abuelo pidió despedirse de su nieto. Confundido, mi padre le alcanzó su propio móvil. Marcó mi abuelo el número fijo de mi casa y esperó paciente que alguien respondiese a su llamada. En mi casa no había nadie pero al fin alguien respondió y con ese alguien mi abuelo mantuvo una conversación animada. Hablaron sobre todo de fútbol. Mi abuelo lanzó un beso al auricular del teléfono y prometió a su interlocutor que se verían muy pronto. Era estrictamente cierto.

—El círculo está a punto de cerrarse. Hemos hablado mucho sobre eso David y yo. — Eso fue lo último que dijo mi abuelo antes de cerrar los ojos. Media hora después había fallecido.